

contra Dios: Arrio, Macedonio, Nestorio, Eutiquio... Sin embargo, estos errores parecían envueltos en el silencio y olvidados, y teníamos la fundada esperanza que no habría más inventores de nuevas impiedades, después que el espíritu malo había salido tan mal en sus empresas. Constantinopla era como una elevada montaña de donde salían los arroyos que iban a regar a lo lejos las tierras secas por la herejía. Pero ¡oh crimen! ¡oh consejo pérfido!... Hé aquí que hombres impíos, execrables monstruos salidos de las tinieblas del Occidente, vienen como una tempestad, como un temblor de tierra, por mejor decir, vienen como fieras a devastar la viña del Señor, desgarrándola con sus dientes y destrozándola con sus garras. ¿Cuáles son los errores que Focio reprocha a los Latinos como herejías dignas de Manés y de Arrio? Acusa a la Iglesia de judaísmo, a causa del ayuno del sábado; de maniqueísmo, porque prohíbe el matrimonio de los sacerdotes; y de herejía, porque añade en el símbolo que el Espíritu Santo procede del Hijo. En fin, termina anunciando a los cristianos de Oriente que un concilio ha condenado "estos nuevos apóstatas, estos ministros del Antecristo, dignos de mil muertes" (1).

La deposición del papa, las acusaciones de herejía lanzadas por el patriarca de la Iglesia oriental contra la Iglesia romana, el desdén que se afectaba hacia la barbarie y la ignorancia de los Latinos, eran otras tantas barreras entre el Oriente y el Occidente. Esta explosión de odio y desprecio no creó el cisma, pero demostró cuán profunda era la división. Una revolución política dió momentáneamente la victoria al papa: Focio fué depuesto por un concilio; el patriarca no vió en este acto más que una piratería de Bárbaros (2); tenía la conciencia de ser, aunque depuesto, el verdadero jefe de la Iglesia oriental, y no se equivocaba sobre los sentimientos de los Griegos. Apenas se restableció la pretendida unión, los obispos mismos que la habían firmado se quejaron al emperador de que el concilio hubiese sometido la Iglesia de Constantinopla a la dominación del papa (3). La Iglesia

(1) *Encycl. ad Patriarch. Orient.*, ap. BARONIUM, *Annal.*, a. 863, §§ 34 y sig.; y en las cartas de Focio, *Epist.* II, p. 47 y siguientes.—Compárese el abate JAGER, *Hist. de Focio*, p. 151 y siguientes.

(2) PROT., *Epist.* CXXVIII, p. 150.

(3) "Non bene factum fuisse, quod Ecclesiam Constantinopolitanam tanta subiectione Romane subdi Ecclesie permise-

griega no se avenía a ser la *servidora de Roma*: Focio fué llamado del destierro y murió patriarca de Constantinopla.

Hé aquí cómo se arraiga el cisma; los teólogos le hacen irremediable envenenándole con sus odiosas disputas. El temor a los Normandos acercó momentáneamente el emperador al papa, y ordenó a su patriarca que hiciese proposiciones al obispo de Roma; el patriarca obedeció; pero de tan mala manera, que los preliminares de la paz semejaban a un acto de hostilidad más bien que a un primer paso hacia la unión; verdad es que protestó que la caridad era la que le obligaba a escribir a los obispos francos; pero esta caridad acabó por agrias disputas acerca de las costumbres y creencias que dividían el Oriente del Occidente, el empleo del pan sin levadura y el ayuno del sábado: ¿No se diría, exclama, que los Latinos quieren imitar a un tiempo mismo a los Judíos y a los Gentiles, en vez de seguir la doctrina de Jesucristo? (1). El cardenal Humberto, legado del papa, respondió a estas acusaciones con excesiva violencia (2): "¿Cómo! ¿Tienen los Griegos la tenacidad de acusar a la Iglesia latina de herejía y judaísmo! ¿Tienen la loca presunción de querer imponer sus errores a la sede de los apóstoles! Jamás se ha visto, desde los orígenes de nuestra religión, semejante imprudencia." El escritor pontificio rechaza el cargo de judaísmo como una infame calumnia: "Es preciso, dice, que un ciego furor haya hecho perder los sentidos a los Griegos, para que hayan podido emitir semejante enormidad; ellos son los que judaizan, resucitan los errores de Manés y quieren introducir un Dios bueno y otro malo, el uno autor de la antigua ley y el otro de la nueva; la opinión de los Griegos sobre el pan ázimo es una herejía de primer orden, un sacrilegio, una mentira contra las Sagradas Escrituras... (3) ¿Qué son, pues, estos nuevos doctores más que hombres vanos, soberbios, anunciados por el Apóstol como precursores del Antecristo? Se creen sabios, y su sabiduría no es más que locura; están hinchados con la ciencia humana y vacíos de la divina. ¡Oh admirable

rint, ita ut hanc ei tanquam domine ancillam tradiderint." MANSI, t. XVI, p. 20.

(1) BARON., *Annal.*, a. 1053, § 22; GISELER, *Kirchengeschichte*, t. II, p. I, § 42, nota b.

(2) HUBERTI, *Responsio*, en BARON., *Append.*, t. XI.

(3) "O sacrilega temeritas! virosa et maniosa Manicheorum dicacitas!... Contra ipsam veritatem et omnes divinas paginas mentiti impudenter latratil..." BARON., *Annal.*, t. XI, p. 695.

filosofía de la Grecia! ¿No comprende la simplicidad evangélica: olvida que Jesucristo ha reprobado la sabiduría del hombre, y no sabe que la locura viene a ser lo mismo que la sabiduría!." La respuesta del legado terminaba por amenazar con el anatema eterno si los Griegos persistían en sus errores.

El espíritu de intolerancia y dominación brilla en cada línea de este libelo teológico; los Griegos estuvieron más moderados y más contenidos. Niceas, monje de Stude, que gozaba de una gran veneración, escribió contra los errores que la Iglesia oriental censuraba a los Latinos; inspirado en al indulgencia evangélica, trata a los Romanos de hombres nobles y sabios, y les suplica que le escuchan en lo que él, aunque indigno, les va a decir: "La caridad presta humildad; nos hace sufrirlo todo y evitar toda disputa; allí donde hay disputa y animosidad reina el espíritu de los hombres y no el de Dios" (1). A estas bellas frases responde el Occidente con desabrido orgullo, encargándose siempre de confundir a los Griegos el cardenal Humberto: "La caridad de Niceas, dice, es un veneno detestable." El polemista romano tiene buen cuidado de no dejar una sola gota de este veneno en su respuesta, que es un tejido de injurias; compara a su adversario con Juliano y con Porfirio, *esos perros perversos y rabiosos*; le llama *malévolo, furioso, estercoranista* (2). El matrimonio de los clérigos, que los Griegos creían lícito, es también motivo de chistosas ocurrencias: "Niceas quiere transformar la Iglesia en una sinagoga de Satanás, en un antro de prostitución..." El cardenal acaba por glorificar a la Iglesia romana como pura de todo error, mientras que, en su concepto, la Iglesia griega era la madre de las herejías (3).

De las injurias pasaron a los hechos. Los legados del papa pronunciaron solemnemente la excomunión contra el patriarca y sus cooperadores, es decir, contra toda la Iglesia griega: "Como los simoniacos, venden los dones de Dios; como los arrianos, bautizan segunda vez a los que están bautizados en nombre de la Santísima Trinidad; como los donatistas, dicen que fuera de la Iglesia griega

(1) BARON., *Annal.*, t. XI, p. 706 y siguientes.

(2) Este era el nombre que se daba a los que creían que la Eucaristía es abaja sujeta a la digestión con todas sus consecuencias. Niceas no había dicho tal cosa; pero, según la laudable costumbre de los teólogos, Humberto imputa a su adversario todas las consecuencias que a él le parecieron convenientes sacar de sus opiniones.

(3) BARON., *Annal.*, t. XI, p. 712-721.

no hay Iglesia de Jesucristo, ni verdadero sacrificio, ni verdadero bautismo, como los nicolaítas, permiten el matrimonio de los ministros del altar; como los maniqueos, dicen que cuanto tiene levadura está animado; como los nazarenos, practican las purificaciones judaicas." Siguen las maldiciones: "Que el patriarca y sus sectarios sean anatematizados con todos estos herejes y con el diablo y sus ángeles." El patriarca respondió al anatema con el anatema: "Hombres impíos, salidos de las tinieblas del Occidente, han venido a esta piadosa ciudad, desde la cual se han extendido por el mundo las fuentes de la fe ortodoxa; han tratado de sus dogmas, y han tenido la impudencia de poner sobre el altar un escrito anatematizándonos con todos aquellos que no se dejen arrastrar por sus errores." En seguida enumera el patriarca estos errores, señalando como más insoportable la jactancia de los legados romanos: "Dicen que no han venido a Constantinopla a discutir, sino a instruirnos e imponernos sus opiniones" (1).

Estas frases del patriarca explican los anatemas con que las dos Iglesias se atacan y el odio que las divide. El orgullo de los Latinos aspiraba a la dominación universal, y la vanidad de los Griegos se negaba a aceptar la ley de hombres bárbaros; esta es la división del Occidente y del Oriente, de Roma y de Grecia, transportada a la Iglesia; la avenencia era imposible, hasta la omnipotencia de los emperadores fracasó, porque, aunque hubieran podido violentar al patriarca, no habrían podido influir en los sentimientos de un pueblo (2). Para impedir el cisma, hubiese sido necesario nada menos que convertir a los Griegos en Latinos.

N.º 3.—Tentativas de unión.

I

La antigua división del Oriente y el Occidente

(1) *Epistola MICHAELIS ad Petrum Antiochenum*, ap. COTELER, *Monum. Eccles. Græc.*, p. 144, núm. 15: τὸ δὲ πάντων βαρύτερον καὶ ἀνοικιστότερον καὶ τὴν ἀπονοίαν αὐτῶν ἐκ τοῦ περιόντος ἐμφαίνον τοῦτο ἐστὶ. λέγουσι γὰρ, ὅτι οὐ διδαχθῆσθήμενοι, ἢ διαλεχθῆσθήμενοι, τὰ ἐντάθθα κατέλαβον, ἀλλὰ διδάξαντες, μᾶλλον καὶ πείσοντας κρατεῖν ἡμᾶς τὰ δόγματα τούτων, καὶ κατὰ μὲν ἕξουσίας καὶ ἀναισχυρίας ὑπερβαλλούσης.— Cf. GISELER, *Kirchengeschichte*, t. II, I, § 42, notas 1, h;—FLEURY, *Hist. eccl.* lib. IX, §§ 10, 12.

(2) Hubo en Constantinopla una sedición contra el emperador, a quien el pueblo creía dominado por los legados del papa. Constantino se vió obligado a ceder (BARON., *Annal.*, 1059, § 19).

se reproducía en el seno de una religión una por esencia; no es que el dogma de los Griegos difiere fundamentalmente de la fe romana; cuando se examinan los puntos de doctrina que les separan, admira que semejantes miserias hayan ocasionado tan grandes trastornos: parece que la Iglesia oriental va buscando futilidades que, sin comprometer su ortodoxia, la autorizan á separarse de la Iglesia dominante. Las causas teológicas del cisma son dignas de la ironía de Voltaire: «La mayor censura que Focio dirigía á los Latinos versa sobre la procesión del Espíritu Santo; decir que el Espíritu Santo no procede del Padre solamente, sino también del Hijo, es renunciar al cristianismo; los demás motivos del anatema eran que los Latinos se servían del pan sin levadura para la Eucaristía, que comían queso y huevos en cuaresma y que sus sacerdotes se afeitaban la barba. ¡Extraña razón para indisponer el Oriente con el Occidente!» (1)

Estas necesidades teológicas engendraron un odio que resistió á la influencia del tiempo; y no hay antipatías más invencibles que aquellas que tienen su principio en creencias religiosas. ¡Cosa horrible! El odiar se hace casi un deber; en efecto, ¿no son enemigos de Dios aquellos á quienes se odia? Los papas no cesaban de censurar á los Griegos sus innumerables herejías: «¿Cuándo han estado los Griegos sin algún error, ya bajo la inspiración del patriarca, ya bajo la locura del emperador, y aun más frecuentemente por la complicidad de ambos?» Los Griegos respondían acusando á la Iglesia latina de barbarie é ignorancia (2), y se burlaban del pretendido poder divino del pontificado, sin poderse dar otra razón, en su concepto, que la de que Jesucristo había sido crucificado por soldados romanos (3), acabando por tratar á los Latinos de herejes y excomulgados (4); es menester acordarse del horror que los condenados inspiran á

(1) *Ensayo sobre las costumbres*, c. xxxi.

(2) En el siglo X, Luitprando, embajador de Otón, fué á Constantinopla. Los Griegos le preguntaron qué concilios se reconocían en el Occidente; el obispo latino contestó citando los concilios generales admitidos en toda la cristiandad. «Os olvidáis, le dijeron los Griegos riéndose á carcajadas, del concilio sajón; nosotros no lo tenemos en nuestras colecciones porque es bárbaro, y no nos ha llegado todavía.» Luitprando respondió: «Nuestra fe es ruda, pero sencilla; la vuestra es sabia, pero tocada de herejía; allí no se baten con la pluma, sino con la espada; se prefiere la muerte á la cobardía.» (LUITPRANDI, *Legatio*, ap. MURATORI, *Scriptor.*, t. II, p. 482.)

(3) HALBERSTADT, *Chronica*, a. 1202, en LEIBNITZ, *Scriptor.*, tomo II, p. 144.

(4) Véanse los testimonios en THOMASIN, *Di. cipl. eocl.*, p. II, lib. I, c. xv, §§ 8 y 13.

los elegidos, para formarse una idea de los odiosos sentimientos que estas reciprocas acusaciones de herejía encendían entre Griegos y Latinos; dícese que los patriarcas se atrevieron á predicar que matando Latinos se obtenía la remisión de los pecados; lo cierto es que en el siglo XII, con la ayuda de las pasiones políticas, se extravió el odio de los Griegos hasta el asesinato de los ancianos, de los niños y de los enfermos (1).

¿Cómo, pues, llegados á este extremo, pueden los Griegos y los Latinos concebir proyectos de unión? Roma abrigaba la ambición de la monarquía universal; convencida de que tenía de Jesucristo la supremacía sobre la cristiandad, creyó seguir la voz de Dios llamando al seno de la Iglesia universal á los desgraciados á quienes extraviaban las creencias heréticas. Los Griegos no han sentido nunca la necesidad de la unidad; y si alguna vez se acercaron á los Latinos, jamás fué con sincera convicción; las invasiones incesantes de los Bárbaros de Oriente fueron las que les obligaron á buscar un apoyo entre los belicosos pueblos de Europa; pero tiene tanta fuerza la antipatía de raza y de creencia, que triunfó del genio romano y del interés político de los Griegos.

II.

A fines del siglo XI, sintiéndose impotentes los Griegos para rechazar la ola bárbara que amenazaba envolverlos, imploraron los socorros de los Latinos. Las cruzadas salvaron á Constantinopla; entonces comenzaron las tentativas de unión, que se prolongaron hasta la caída del imperio de Oriente. En 1097, un concilio se ocupó de la reunión de las dos Iglesias, asistiendo á él un teólogo francés: Anselmo, según *Guillermo de Malmesbury* (2), refutó la doctrina de los Griegos sobre la procesión del Espíritu Santo con tanto vigor, que los Latinos llegaron al colmo de la alegría (3); debemos creer que la argumentación del ilustre filósofo no pareció tan evidente á los Griegos, cuando no de-

(1) Al advenimiento de Andrónico, en 1182, el barrio de los Latinos en Constantinopla fué reducido á cenizas; los Griegos querían exterminarlos; no perdonar ni «un las iglesias; fueron quemadas con todos aquellos que se habían refugiado en ellas» (GUILL. DE TYR., xxii, 10).

(2) W. MALMESBURIENS., *de Gestis Pontificum*, lib. I, p. 223.

«Ita pertractavit quest onis latera, ut Latini clamore testarentur gaudium, Græci de se præberi dolerent ridiculum.»

(3) MANSI, xx, 948.

mostraron el menor deseo de abandonar sus creencias. El año 1116 encontramos aun en la corte del emperador Alejo un doctor de la Iglesia latina, el arzobispo de Milán, que pronunció un discurso al emperador sobre la procesión del Espíritu Santo (1). El analista romano no olvida decir que esta lección de teología causó profunda impresión sobre los Griegos; pero sucedió lo que siempre sucede en los debates de religión: los dos partidos se obstinaron más y más en lo que cada uno consideraba como verdad.

Á mediados del siglo XI, el emperador Lotario envió un embajador á la corte de Constantinopla; el obispo de Haselberg, que aprovechó la ocasión para entrar en discusión con los Griegos, era un hombre piadoso, á quien el cisma le parecía un gran escándalo, y no sabía cómo conciliar la verdad de la doctrina cristiana con las disidencias de la Iglesia oriental; hubo conferencias solemnes en la iglesia de la *Santa Paz* (2); el obispo latino dijo que no venía á disputar, sino á averiguar las creencias de los Griegos y á ocuparse de las de los Latinos (3). Los Griegos alabaron mucho esta humildad, quejándose, sin embargo, amargamente del orgullo y altivez de los teólogos latinos, que, «soberbios de su escasa ciencia, pretendían oscurecer la elevada sabiduría de la Grecia por medio de la nube de sus sofismas» (4); así se traslucían hasta en las conversaciones amistosas las causas profundas del cisma: la vanidad griega era incompatible con el orgullo romano. El obispo latino, cualquiera que fuese su dulzura, hirió á sus adversarios en lo más vivo, celebrando la Iglesia de Roma, la única que había recibido de Dios el privilegio de permanecer pura de todo error, mientras que la Iglesia griega era como «el receptáculo de todas las inmundicias heréticas» (5); á esta censura, tan frecuentemente repetida, respondió el interlocutor del prelado alemán, no sin ironía y sin razón, que la Iglesia romana debía la pureza de su fe á su ignorancia é incapacidad: «Careciendo del genio filosó-

(1) BARON., *Annal.*, a. 1116, §§ 14 y siguientes.

(2) Estas conferencias en forma de diálogos, se hallan en D'ACHERY, *Spicileg.*, t. I.

(3) *Dialog.*, I, 1 (D'ACHERY, p. 163).

(4) *Dialog.*, II, 21 (D'ACHERY, p. 186): «Qui in supercilio suo ad nos venientes, se entolan suam voluerunt ostendere, et copati sunt fastu superbi a magnam Græcorum sapientiam sophisticis nebulis obfuscare, vel etiam, si possent.»

(5) *Dialog.*, III, 6 (D'ACHERY, p. 195). «Omnes suos hereticæ pravitate semper hic domicilium et quasi proprium nidum habuerunt.»

fico de Grecia, preocupada con los cuidados de los negocios políticos, había permanecido extraña al movimiento de pensamiento, contentándose con creer lo que otros habían enseñado... ¿Cómo habían de someterse los Griegos á Roma? Es lo mismo que si un maestro ilustre tuviese que reconocer las leyes de un mediano discípulo» (1). La pretendida supremacía del papa no era, á sus ojos, más que tiranía, y no podían resignarse á aceptar como de un oráculo lo que un obispo quisiera ordenarles desde lo alto de su grandeza y siguiendo buena mente su capricho: «¿De qué nos serviría entonces nuestra ciencia de las Escrituras? ¿Para qué nuestros estudios literarios y los grandes doctores que han ilustrado la Grecia? No habría más que una autoridad, la de la sede romana, ni más que un señor, el papa; la Iglesia entera sería esclava de un solo hombre» (2).

III

Las conferencias teológicas no podían dar resultados; aunque las dos Iglesias se hubieran entendido sobre el dogma, el cisma habría seguido dividiendo á los dos pueblos; había obstáculos invencibles para la unión: la supremacía divina del papa, que tendía á la monarquía universal, y la vanidad de la raza griega, que reclamaba para sí el imperio temporal y la dominación de la inteligencia (3). La oposición estalló en las negociaciones que á principios del siglo XIII aproximaron al emperador de Constantinopla y al papa. Inocencio III tenía la convicción de su misión divina; jefe espiritual de la cristiandad, dominaba sobre los reyes y sobre los imperios, como el alma domina sobre los cuerpos; su grandeza eclipsaba la monarquía, como el resplandor del sol oscurece la débil luz de la luna; el emperador se negó á aceptar una supremacía que le hubiera convertido de verdadero sucesor de los dueños del mundo en vasallo de un obispo (4). Un acontecimiento inesperado pareció dar la victoria á la causa de Roma: la toma de Constantinopla por los Latinos le pareció á Inocen-

(1) *Dialog.*, III, 11 (D'ACHERY, I, p. 198).

(2) *Dialog.*, III, 8 (D'ACHERY, I, p. 196).

(3) Los Griegos no querían reconocer ni papa ni emperador en el Occidente. Véase el testimonio de JEAN CINNAMUS, historiador del siglo XII, citado por GIESSELER, *Kirchengeschichte*, tomo II, 2, § 93, nota e.

(4) *Gesta Innocentii*, c. LX, LXII, LXIII.

cio el juicio de Dios sobre una raza obstinada en su desobediencia (1): "El que distribuye los reinos ha transferido el imperio de Oriente de un pueblo orgulloso y cismático a otro humilde y adicto a la Iglesia. ¡Admiremos lo que Dios ha hecho!", (2). El gran papa creía que la caída del imperio griego pondría fin al cisma, y se engañaba: la división estaba en los espíritus, y la fuerza no puede establecer la concordia.

Poniendo las dos razas en contacto, las cruzadas no hicieron más que aumentar su antipatía; los Griegos se creían manchados por el comercio con los Latinos; lavaban los altares en que los sacerdotes romanos habían celebrado los santos misterios, y volvían a bautizar a los que los Latinos habían bautizado (3). El emperador Balduino escribe a Inocencio III: "Los Griegos llaman perros a los Latinos, y casi cuentan entre las acciones dignas de aplauso el derramamiento de nuestra sangre", (4). Los Griegos, por su parte, se quejaban también de la crueldad e intolerancia de sus vencedores: "Los Sarracenos han tratado a Jerusalén con más humanidad: ni han violado a las mujeres, ni han cubierto de cadáveres el sepulcro de Cristo, ni han desahogado su rabia con la espada, el incendio, el pillaje y el hambre, como vosotros que os llamáis cristianos", (5). Intolerante por esencia, la Iglesia católica se muestra tan implacable contra el cisma como contra la herejía: la Iglesia griega tuvo sus mártires (6). ¿Podemos admirarnos de que el odio griego creciese con la dominación de los Latinos? (7).

Al lado del imperio latino de Constantinopla se levantó un imperio rival. Los Césares griegos trataron de conciliarse las simpatías del Occidente ha-

(1) «Divinum videtur fuisse iudicium ut qui tamdiu misericorditer tolerati, noluerunt redire ad Ecclesie unitatem, amitterent locum et gentem.» *Gesta Innoc.*, c. XCIII.

(2) INNOCENT., *Epist.* VII, 134: «Hæc est profecto dextera: Excelsi in alto, in qua dextera Domini fecit virtutem, ut sacrosancta Romanam ecclesiam exaltant, dum filiam reducit ad matrem, partem ad totum, et membrum ad caput.»

(3) *Concil. Lateran.*, IV, a. 1215, c. IV (Mansi, XXIII, 989).

(4) *Gesta Innocentii*, c. XCII.

(5) NICETAS, c. VI, p. 363.

(6) Véase la narración de un anónimo en ALLATIUS, *de Ecclesia occidentalis atque orientalis perpetua consensione*, II, 13, página 694. ALLATIUS, cismático converso, lejos de maldecir las crueldades cometidas por los Latinos, las aplaude: «Opus erat, effrænes propriæque fidei rebelles et veritatis oppugnatores non exilio, sed ferro et igni in saniores mentem reducere. Hæretici proseribendi sunt, exterminandi sunt, puniendi sunt et pertinaces occidendi, cremandi.»

(7) Inocencio mismo confiesa que la conducta de los Latinos excusa el odio de los Griegos y su aversión hacia la Iglesia romana (*Gesta Innocentii*, c. XCIII).

ciendo ofrecimientos al papa para la unión de las dos Iglesias (1); pero la unión era menos posible que nunca: el pontificado había llegado al apogeo de su poder; la dominación de Roma cristiana amenazaba el Occidente con la misma opresión que había arruinado a los pueblos bajo el imperio de Roma pagana. Aun viéndose los Griegos obligados a recurrir al apoyo de la santa sede, protestaban de antemano contra los abusos de la dominación pontificia. El patriarca confiesa que los Griegos temían la cruel opresión, las injustas exacciones de dinero y la dura servidumbre que los papas imponían a los fieles: "La Iglesia romana, de madre, se ha convertido en madrastra y ha alejado de su seno a sus hijos a manera de ave de rapiña que arroja a sus pequeñuelos; cuanta más obediencia y humildad le muestran sus hijos, más los oprime... Coge el oro y la plata de donde puede sacarlo; impone tributos a los reinos, olvidando los preceptos de Cristo, que dice: *El que se humille será ensalzado... El oro y la plata no están conmigo.*" El papa respondió a estas acusaciones reivindicando atrevidamente para sí los dos poderes (2): "La espada espiritual la emplea la Iglesia por sí misma; la otra debe ser desenvainada por los reyes en favor de la Iglesia a la primera insinuación del sacerdote", (3).

En vista de las excesivas pretensiones de Roma y de las repugnancias invencibles de Constantinopla, ¿a qué podían conducir las negociaciones? Abriéronse conferencias en Nicea entre los enviados del papa y los doctores griegos; nada más insípido y pueril que la discusión de las disidencias que separaban a las dos Iglesias (4). Los Griegos, según los Romanos, no trataban más que de alargar los debates, usando argucias y empleando todas sus sutilezas en hacer concesiones que no concedían nada (5); sin embargo, el emperador deseaba un acuerdo; y creyendo que los teólogos podían transigir como transigen los príncipes, propuso a las dos Iglesias que cada una abandonase parte

(1) En 1232 Véanse las cartas del patriarca griego al papa y a los cardenales, en MATTH. PARIS, a. 1237, p. 396 y siguientes.

(2) «Uterque gladius Ecclesie traditur.»

(3) «Ad nutum sacerdotis.» M. PARIS, a. 1237, p. 327.

(4) RAYNALDI, *Annal. Eccl.*, a. 1233, §§ 5-15.

(5) Los nuncios preguntaron a los Griegos si creían que el Espíritu Santo no procedía del Hijo: «No lo creemos, contestaban.» «No es eso, replicaban los nuncios, lo que preguntamos; si creéis que no procede del Hijo.» Los Griegos huyeron de una confesión formal, haciendo a su vez una pregunta a los Romanos. ¡Qué galimatías!

de sus pretensiones: "Sabed, respondieron los nuncios, que la Iglesia romana no cederá jamás un ápice de su fe; los que quieren la unión deben creer lo que ella cree." Los dos partidos se despidieron, tratándose de herejes y excomulgados.

IV

La caída del imperio latino de Constantinopla pareció desde luego favorecer la unión; apenas restablecido el trono de los Paleólogos, estuvo seriamente amenazado por la ambición de Carlos de Anjou, fuerte con su genio de conquistador y con el apoyo del pontificado; y no quedaba al emperador más que un medio para conjurar la tempestad: el reconocimiento de la supremacía de Roma (1). Por su parte, el papa, viendo que se le escapaba el Oriente, se acogió a esta última tabla de salvación; y hé aquí al papa y al emperador de acuerdo; pero ¿cómo obtener el asentimiento de la Iglesia griega? Aunque los obispos tuvieran la costumbre de obedecer servilmente las órdenes del emperador, su obediencia tenía un límite, y era que el jefe del Estado no hollase la ortodoxia griega reconociendo la supremacía romana. El clero mostró viva repugnancia hacia los proyectos de Miguel Paleólogo, manifestándole que, queriendo evitar el peligro de una guerra extranjera, corría el riesgo de una guerra civil; el emperador trató primeramente de probar que los términos de la unión eran insignificantes, que la Iglesia griega conservaría su independencia, y luego amenazó perseguir a los que se opusieran como culpables de lesa majestad. Los obispos cedieron, al parecer (2), y el concilio general de Lyon de 1274 consagró la unión de los Latinos y los Griegos.

El papa derramó lágrimas de alegría (3) al ver al mundo cristiano convertido a la unidad, sin sospechar que la unión no era más que una intriga política reprobada por la masa de la nación, y que los ortodoxos huían de los unionistas como de seres impuros, hasta el punto de no querer comer, beber, ni aun hablar con ellos (4). El papa mismo perdió su ilusión en vista de esto, y excomulgó al empe-

(1) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1263, §§ 58-60. *Epist. Michaelis Paleologi ad Papam.*

(2) PACHYMER., *Hist. Michaelis Paleologi*, v, 18, 19.

(3) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1274, § 19.—MANSI, XXIV, 37 y siguientes.

(4) PACHYMER., *Hist. M. Paleol.*, v, 23.

rador, acusándole de favorecer el cisma (1). Se ha censurado a Martín de haber pronunciado esta sentencia por servir a Carlos de Anjou, a pesar de que Miguel Paleólogo cumplió con todas sus obligaciones (2). Si culpa hubo en el papa, fué por haberse precipitado. Solamente el emperador era partidario de la unión; así es que a su muerte reapareció el cisma, ó, por mejor decir, no había dejado nunca de existir en el fondo. Andrónico revocó formalmente la unión, y la Iglesia griega se purificó como si le hubiera manchado la aparente comunión con los Latinos. El ortodoxo hijo de Miguel Paleólogo negó a su padre los honores de la sepultura; se rociaron con agua bendita los templos y las santas imágenes, y sujetó a penitencias a los que habían aceptado la unión (3).

Las victorias de los Turcos pusieron de nuevo a los emperadores a los pies de los papas; cuando los Bárbaros llegaron a las puertas de Constantinopla, el emperador abjuró solemnemente el cisma (4), con la esperanza de que el Occidente tomaría las armas para salvar los últimos restos del imperio griego; pero la abjuración no tuvo consecuencia alguna; habían pasado los tiempos en que Europa se levantaba a la voz del vicario de Dios; por todo auxilio no pudo el papa dar al emperador más que cartas para los príncipes latinos; entretanto iban creciendo los peligros de Constantinopla, y se recurrió al último medio para reunir las dos Iglesias é identificar así los intereses de los Griegos con los del Occidente, a un concilio general que se reunió en Florencia, en que tomaron parte el patriarca con sus obispos. La unión se pronunció en 1439 (5), y por primera vez aparecieron de acuerdo las dos Iglesias; pero después de verificada la unión es cuando se echó de ver que era imposible, habiendo consentido los Griegos bajo la presión de la más fuerte de las necesidades: era para ellos la unión la única esperanza de salvación, y, sin embargo, se sublevó la nación contra las concesiones hechas por el clero, y los Padres del concilio fueron recibidos con injurias y ultrajes y llamados por el pueblo traidores a la

(1) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1281, § 25.

(2) MALMBOURG, *Hist. del cisma de los Griegos*, lib. IV (t. II, páginas 123-130). La acusación se encuentra ya en un escritor contemporáneo (RAYNALD., *Annal.*, a. 1281, § 25).

(3) PACHYMER., *Hist. Andronici*, I, 2, 5, 6.

(4) RAYNALD., *Annal.*, a. 1353, § 34; 1360, § 2.

(5) LABBE, *Concil.*, t. XIII, p. 510 y siguientes.

religión, infames apóstatas y renegados, tratándose al mismo tiempo de execrable al concilio de Florencia; los patriarcas de Jerusalén, Antioquia y Alejandría protestaron contra la unión (1), y los Griegos todos olvidaron los peligros del imperio para no pensar más que en el riesgo que corría su salvación eterna, prefiriendo el yugo de los Turcos a la dominación de los papas (2).

Los historiadores católicos califican la conducta de los Griegos de obstinada é insolente (3), y ven en la servidumbre que pesa sobre los desgraciados descendientes de los Helenos un castigo en su cisma (4). ¿Por qué insultar así á una gran nación moribunda? Hay todavía grandeza en ese generoso movimiento que eleva á los Griegos por encima de su interés: preferir la muerte al abandono de su fe no es una acción que merece desprecio. Indudablemente hay una sentencia de Dios en la caída de Constantinopla; es el último término de una larga decrepitud; pero la historia del cisma ofrece aún más enseñanza que la que los escritores católicos quieren sacar de ella. Los Griegos y los Latinos tenían en el fondo la misma fe, no difiriendo sino en algunos usos y sutilezas teológicas. ¿Por qué no les dejó Roma una existencia separada que no creaba obstáculos á la unidad cristiana? Roma se negó porque no consentía ninguna diversidad de creencia (5). El pontificado estaba obligado, por su dogma inmutable, á mantener una unidad de hierro; pero por lo mismo descontentaba á las naciones y las empujaba, en cierto modo, á sacudir el yugo y conquistar su independencia; y si la Grecia tomó la iniciativa en esta insurrección, fué porque en el siglo IX solamente era ella nación y constituía un Estado, siguiendo su ejemplo los pueblos del Oc-

(1) ALLATIUS, de *Ecclesie occident. et orient. perpetua consens.*, III, 4, p. 339 y siguientes.

(2) Un monje dice que valía mucho más que dominase en Constantinopla el turbante que el capelo de un cardenal. DUCAS, c. XXXVII.—MAMBourg, *Historia del cisma*, lib. VI. GIBSON, en su discurso sobre la unión de los Griegos, dice: «Etiam potius se verterent ad Turcos quam ad Latinos» (*Op.*, t. II, p. 143).

(3) MAMBourg, lib. IV, t. II, p. 295.

(4) MAMBourg, lib. VI, t. II, p. 307: «Así es como los Griegos armaban contra sí, por su impiedad, la justicia divina, que se servía de Mahoma y de sus soldados, como se sirve de Lucifer y de los demonios en el otro mundo, para ejecutar sus decretos contra los impíos».

(5) En el siglo XIV, los Griegos hicieron proposición formal de reconocer á la Iglesia romana con tal que se les dejasen sus creencias. El papa respondió: «Hoc esse nullatenus tolerandum, quia in Ecclesia catholica, in qua una fides esse noscitur, quoad hoc duplicem fidem minus veraciter esset dare.» (RAYNALDI, *Annal.*, a. 1380, § 26).

cidente tan pronto como tuvieron conciencia de sí mismos.

§ II.—Ataques contra el poder temporal del pontificado.

Las protestas contra el poder temporal de los papas nacieron con las pretensiones de Gregorio VII; pero el porvenir es de las herejías y de las utopías cuando son la expresión de las leyes que rigen la humanidad, aunque por el momento sean irrealizables. Tal fué el destino de los que combatieron el poder temporal del pontificado en la Edad Media: soldados del porvenir, debían sucumbir, pero su causa acabó por triunfar; este es un consuelo y una fuerza que la historia da á los que, impulsados por su conciencia, se ponen en oposición con las doctrinas reinantes; si el camino por donde marchan es el de Dios, pueden perecer en la lucha como centinelas perdidos; pero pueden morir con la convicción de que la verdad no perece.

La resistencia que el pontificado encontró no se dirigía á la fe; en el siglo XI, el espíritu humano no pasaba los límites del catolicismo. Si los hombres se guiaran siempre por la lógica, la Edad Media, que reconocía el poder espiritual de la Iglesia, hubiera debido aceptar también la dominación temporal que de él se deriva, como una consecuencia que se desprende de un principio. Felizmente no es la lógica la que dirigen los destinos de la humanidad; si así no fuera, no se saldría nunca del camino del error, una vez comprometido en él; bendigamos, pues, la inconsecuencia del espíritu humano, que permite que hombres sinceramente católicos combatan las pretensiones temporales del pontificado, aun admitiendo su supremacía espiritual; gracias á esta inconsecuencia se realiza el progreso. Si nos apercebiéramos siempre de los últimos resultados de nuestros actos, retrocederíamos las más veces y nos detendríamos espantados. La oposición contra el pontificado era en el fondo una oposición contra el cristianismo tradicional, pero sin prever el fin hacia el cual marchaba, que fué lo que la dió valor para resistir á las pretensiones de los papas.

El imperio sostuvo la gran lucha con el sacerdocio; los más audaces emperadores no se atrevieron á atacar el poder espiritual de los papas; pero se rebelaban ante la idea de que ellos, los jefes

temporales de la cristiandad, ellos que habían recibido su poder del mismo Dios, tuviesen que someterse á una autoridad superior; hé aquí lo que los obispos partidarios de Enrique IV respondieron á Gregorio VII (1): «¿De dónde han sacado los papas el derecho de tratar á los reyes como mercenarios, de exigirles obediencia ni anatematizarlos? Jesucristo y los apóstoles nos mandan obedecer á los poderes constituidos, porque todo poder proviene de Dios; la Iglesia no se ha sublevado nunca contra los emperadores paganos ó herejes; es una empresa inaudita querer destruir en nombre de Dios una autoridad constituida por Dios.»

Sostúvose la tesis de los obispos por uno de los suyos en un tratado sobre la *Unidad de la Iglesia* (2). Es una refutación en regla de la doctrina de Gregorio VII, y hay que convenir en que bajo el punto de vista de la Escritura, de la historia y del derecho, el obispo tiene razón contra el papa; es tan claro el testimonio de San Pablo, que ha sido preciso la ceguedad del interés personal para desconocerle: estando toda alma sometida á los poderes establecidos, se sigue de aquí que los clérigos lo están como los laicos; en vano se quiere fundar Gregorio en el poder de atar y desatar; respóndele el obispo alemán que este poder pertenece á la Iglesia tratándose de los pecados; pero que el derecho de absolver á los penitentes no autoriza al papa á desligar á los súbditos de su juramento de fidelidad. La tradición es un elemento capital en la doctrina católica; es preciso que una máxima sea antigua, es preciso que sea universal, para que se admita como artículo de fe. Gregorio VII invocaba la tradición; pero su adversario le combatía punto por punto; el buen sentido suple en él la ciencia histórica que aun no existía: «No es cierto que San Ambrosio excomulgara á Teodosio; no le impuso más que una sencilla penitencia, si es que puede llamarse así; no es verdad que el papa Inocencio depusiera al emperador Arcadio; es pura invención,

(1) THEODERICI, *Episc. Virdunensis, Epist. ad Gregorium*, a. 1080, en MARTENE et DURAND, *Theaurus novus Anecdotorum*, página 220: «Novum est et omnibus retro oculis inauditum, pontifices regni gentium tam facile velle dividere, nomen regium inter ipsa mundi initia repertum, adeo postea stabilitum, repentina factione elidere, Christos Domini, quoties libuerit, plebeja sorte, sicut villicos mutare, regno patrum suorum decedere jussos, nisi confestim acquieverint, anathemate damnare.»

(2) WALTRAMI, *Episcopi Naumburgensis, de Unitate Ecclesie conservanda* (FRÉHREI, *Scriptores*, t. I, p. 233-326).

de que no se encuentra ninguna huella en los historiadores; lo que la historia nos dice es que ha habido emperadores francamente herejes y príncipes arrianos, y que la Iglesia, lejos de deponerlos, los ha respetado y los ha obedecido; en cuanto á la deposición del último Merovingio, es la alteración de un hecho histórico, en el cual el papa no ejerció un acto de autoridad, sino que fué llamado únicamente á dar una opinión. Nada queda que contestar á este certero golpe; si la posteridad ha dado, sin embargo, la razón á Gregorio VII, es porque ha tenido en cuenta las críticas circunstancias en que la Iglesia se hallaba colocada, justificándose, por decirlo así, á Dios más bien que al hombre; pero los contemporáneos que seguían á Enrique IV no podían disculpar al papa: el obispo alemán de quien nos ocupamos censuró amargamente á Gregorio «que predicase la guerra, predicación nueva é inusitada, puesto que la Iglesia no tiene más que el poder espiritual, es decir, la palabra de Dios; y ¿qué guerra encendió el papa? Una guerra más que civil, en que se legitima el perjurio ó se santifica la violación de la fe jurada. ¿Era acaso por el interés de la religión por lo que Gregorio desgarraba la cristiandad, armando al hijo contra el padre y al súbdito contra el príncipe? No, era en provecho de su ambición, porque quería usurpar el poder real; el gran crimen de Enrique IV fué no querer abdicar su poder en favor de Gregorio VII.»

Esta doctrina sobre el poder temporal del pontificado no era el sentimiento aislado de algunos obispos cortesanos del emperador, era la opinión de una gran parte del clero. En el siglo XI, la Iglesia de Lieja fué centro de un gran movimiento intelectual, teniendo á su frente hombres notables por sus virtudes y su sabiduría; sus escuelas atraían discípulos de todos los puntos de Europa. Lieja era considerada como el emporio de las artes (1) y su ciencia proverbial (2), pues la Iglesia

(1) «Legia, magnarum quondam artium nutricula.» (ABRAMANNI, *Scholastici Rhythmi*, ap. BOEQUET, t. XI, p. 489.—El escolástico GOZECHINUS dice que Lieja es una Atenas para las letras y la filosofía y una Roma para la religión (*Epist.* a. 1060, ap. BOUQUET, t. XI, p. 501).—El abad de URSBERG dice en su crónica (a. 1117): «Leodium studiis litterarum præ ceteri optime famosa.»

(2) *Historia literaria de la Francia*, por religiosos benedictinos, t. VII, p. 17 y sig., 209 y sig.—C. ANNALISTA SAXO, *ad a. 1041* (PERTZ, VI, 686): «Heinricus suæ Babenbergensi Ecclesie cum studio Leodiensi Hildesheimensis claustrum rigorem optabat.»